

“El sentido de la muerte” de Paul Bourget

Escribe: CARLOS ENRIQUE VELASCO A.

Hay algo en el hombre que ha sido y será siempre causa de preocupaciones: La muerte. Es una verdad que nadie se atreve a negar. Todos tenemos que morir; todos algún día dejaremos esta vida. Y después ¿qué será de nosotros, qué sucede cuando morimos?

La respuesta a esta pregunta dependerá de la ideología y de la manera de pensar de quien la contesta. Para el materialista con la muerte viene el fin de la vida, un caer en el vacío, en la nada. La “indiferencia” del indiferente quizá se turbe un poco cuando le llegue la hora: le asaltarán dudas, le sobrevendrán inquietudes. El cristiano tomará la muerte como un paso hacia la felicidad eterna. Son diversas concepciones de la muerte.

Paul Bourget plantea esta temática en los personajes de su novela “El Sentido de la Muerte”. ¿Cuál será la actitud de Ortegue, Catalina y Le Gallic con respecto a ella? He aquí lo que se pretende esbozar en las siguientes líneas.

Es difícil explicar el carácter de Ortegue no porque sea confuso e indeterminado sino por la complejidad de circunstancias en que lo presenta el novelista. Doctor, especialista en neurología. Alto, de perfil demacrado e imperioso, “que parecía arrancado de una página de las Mil y una noches”. Hombre sincero consigo mismo, recto, enemigo acérrimo de toda falsía. De voluntad enérgica. Con su bisturí “mágico” triunfa en todas sus operaciones. Se casa a los cuarenta y cuatro años con una joven de veinte.

1914. Comienza la guerra mundial. Encontramos a Orte-

gue como director de una clínica militar de neurología. Su esposa, a su lado, trabaja incansablemente. El doctor brilla en todo su esplendor; sus éxitos como neurólogo han sido sorprendentes y el nombre de Miguel Ortegue está en los labios de todo neurólogo que quiera tener alguna autoridad. Pero un suceso, algo terrible, corta sus glorias. La muerte le sale al paso, se le acerca y lo acompaña durante varios meses, meses durante los cuales gira la novela. Un cáncer en la cabeza del páncreas.

Tenemos pues, a Ortegue de gancho con la muerte en un desposorio indisoluble. La espada de Dámocles, con el hilo pronto a romperse, tiende sobre su vida. ¿Qué significa esto para Ortegue? ¿Qué concepto tiene sobre el más allá, sobre la religión?

Para este científico el único dios, la única explicación de la vida, es la Ciencia. A esta había consagrado su inteligencia, sus energías, su vida entera. Ortegue niega en absoluto la existencia del espíritu y por consiguiente de Dios. Solamente existen los hechos, comprobados y experimentados, su "santa cirugía" como suele llamarla. Es materialista plenamente convencido de sus ideas y es sincero consigo mismo porque obra conforme a ellas. Veamos algunos ejemplos que nos manifiesten mejor su ideología. En sus discusiones con un joven militar, Le Gallic (de quien hablaremos más adelante) sobre temas religiosos, éste narra al doctor con fuego y pasión las batallas y los triunfos que habían obtenido en la guerra. Atribuye gran parte de sus éxitos a la ayuda de Dios. Ortegue responde: "Si salimos vencedores, mi joven amigo, será simplemente porque habremos tenido mejores cañones, mejores fusiles, mejores generales, mejores soldados". Para él solamente vale lo tangible, lo experimentado. Escuchemos el juicio que hace el doctor acerca del militar. "...para un Le Gallic, el destino de la persona humana constituye la cuestión única. Tal es el eje de la idea religiosa. En cambio el de la Ciencia lo constituye el concepto de la ley sin finalidad. Para la Ciencia somos solamente epifenómenos. Para un Le Gallic lo esencial es eso que llama alma. No hay manera de entenderse". Recibiendo a un herido en pésimas condiciones exclama: "He aquí un muestrario completo de la bondad de Dios en el que cree mi joven primo Le Gallic". Se muestra cínico cuando habla de las cosas sagradas. Llama a Cristo "el curandero de Nazaret"; el evangelio es un "extraordinario éxito de librería".

¿Qué piensa un individuo así, sobre la muerte? Algo muy lógico para quien no cree en el más allá; las tinieblas, el frío, el vacío sin fondo. Definido por él en términos médicos, es la muerte el ingreso del organismo humano en el ciclo de la descomposición y reconstrucción físico-química. Representa un fenómeno en el que hay algo de catástrofe, de emboscada y absurdo.

Pero además significa para Ortegue la pérdida de dos facultades. Se anula su psiquismo intelectual. El Rey del bisturí caería en el vacío y su "dios Ciencia" se arruinaría. No perecerá su recuerdo, por lo menos entre quienes fueron curados por su mano, pero su pensamiento, sus reflexiones, lo más bello de su sabiduría se desplomarían en la profundidad de la nada. Ortegue tiene que doblegar su ciencia bajo la presión de una fuerza monstruosa y soberana, que él no es capaz de resistirla ni de sobreponerla.

La muerte acaba también con su psiquismo sentimental. Al morir tendría que dejar a su esposa a quien ama con pasión. Los celos lo atormentan. Muchas veces siente deseos de asesinarla cuando duerme y luego matarse para que nadie se quede con ella después de su muerte. Pero su rectitud le impide cometer ese delito.

El amor es un factor determinante en la prolongación de su vida. Ya cuando su voluntad se doblega y su personalidad cae bajo el peso de las grandes cantidades de morfina que tiene que inyectarse por la ictericia que lo carcome rápidamente, lo único que lo sostiene y evita que se suicide es el amor a su mujer.

Pero aquel día... ¡su primer fracaso en la sala de operaciones! No tiene fuerzas para sostenerse en pie durante una intervención quirúrgica debido a la enfermedad. Se halla desesperado y abatido. Siente la muerte muy cerca de él, y un sufrimiento muy grande lo agobia: va a dejar a su esposa... "Al entrar en él (en el sueño de la muerte) tendría que abandonarte Catalina!" y en un grito desgarrador continúa: "¡Abandonarte a otros...!" Los celos y el amor se mezclan. ¡Ah!, cual no es su alegría (cruel y desesperada) al oír de los labios de ella, que lo acompañaría en la muerte: ¡se suicidarían juntos!... Catalina está resuelta a morir inmediatamente. Ante aquella decisión tan inesperada y tan absurda, ¿qué actitud toma un Miguel Ortegue, doctor en neurología? Ni una palabra de reproche. Esto es la prueba de que su espíritu se halla tan enfermo como su

organismo. "Aceptaba —dice Bourget en boca de Marsal— aquel proyecto monstruoso de doble suicidio, sin discutirlo siquiera, presa de un delirio que ponía en evidencia que también él había cifrado en aquel amor su vida entera". Su alegría es inmensa. "En este instante me siento demasiado dichoso. No quiero desperdiciar esta oportunidad. Mientras tenga ojos para verte, manos para estrechar las tuyas, (...) no quiero perderte". Ya el deseo de morir se desvanece porque se siente amado todavía. Cuando esté pronto a morir la llamará y morirán juntos.

Pero acontece algo inesperado. Catalina con el contacto con su primo Le Gallic, evoluciona poco a poco y empieza a amar la vida. (De esta evolución trataremos más adelante. Contentémonos por ahora con acompañar a Ortegue hasta el final). Llegó el momento en que el doctor siente la hora postrera. Llama a su mujer y le comunica la definitiva. ¡Mañana será el suicidio! Pero Catalina ya no quiere morir. Comprende el valor de la vida. Para disculparse escribe una carta a su esposo pidiéndole el consentimiento de vivir. Son líneas patéticas y sinceras que demuestran el cambio efectuado en su alma. Tomemos algunos apartes: "Pensé que si morías, para mí era natural e inevitable morir contigo. Parecíame que, al serme tú arrebatado, yo no existiría ya. Era como si me arrancaran el alma del cuerpo. No podía imaginarme el dolor de perderte (...). Se me ofrecía la visión del vacío, la inanidad de mi ser separado del tuyo (...). ¡Te había asimilado tanto! ¡Me habías dominado de tal modo! (...). Como muchas otras mujeres, no pensé nunca en mi cara ni en mi cuerpo, que tanto amaste. Cuando cerraba los ojos, tus ojos penetraban a través de mis párpados para poseerme, Miguel. ¿Se destruye nuestro amor Miguel? Ahora me causas miedo. (...). Cada día, cada hora que transcurre, me produce la impresión de que escapas de mí, de que te retiras, de que mi existencia se separa de la tuya y se transforma. Siento anhelo de cosas que no son tu persona. Ansío aire, luz y espacio tan agradables para moverse. (...). Te lo ruego Miguel, deja que viva la flor que tanto amabas...".

Esta carta es el tajo decisivo que corta la vida del doctor. La recibe y la lee sin inmutarse. Luego, con tranquilidad, habla por teléfono por última vez con su mujer. Quiere oír de nuevo su voz. Se aplica en seguida una excesiva cantidad de morfina y listo... Ya su esposa no lo ama, ¿para qué vivir más?

¿Y Catalina? Retrocedamos un poco. Decíamos que se casó a los veinte años. Joven, hermosa, atrayente, ama a su esposo con delirio. Su infancia transcurre feliz, en un ambiente de inocencia y de cristianismo. Mas en su adolescencia se efectúa un gran cambio: el trato con su padre. Doctor famoso, es tan incrédulo o más, que Ortegue. La hija tan afecta a él, adquiere su mismo modo de pensar. El matrimonio no efectúa ninguna mutación en su ideología, antes por el contrario, la confirma más. Cada día transcurrido con su esposo es un golpe de martillo que aferra más su idiosincrasia. Catalina es, por decirlo así, el “doble” de Ortegue, si juzgamos a simple vista. Niega como él la existencia del espíritu; Dios es una aberración propia de gentes simplistas. Se ha imbuído de la “Ciencia” y hubiera tenido similar ocaso al de su marido, si un factor, que no tuvo Ortegue, no hubiese permanecido oculto durante su vida allá en lo más recóndito del subconciente: ¡la infancia!

Sobre el sedimento de sus primeros años de vida tomaron sitio las otras ideologías. Solo faltaba que alguien lo removiera para que todo el edificio se derrumbase. Ese “alguien” vino de una manera inesperada. A Le Gallic, su primo y compañero de infancia, lo trajeron al hospital. Tenía una bala incrustada en el cerebro.

Cristiano convencido, el joven militar mostraba su fé en los hechos y en las palabras. Tenía una fé de hierro, ardiente, que iluminaba a su alrededor. Este hombre hizo saltar a Catalina. Poco a poco, con aquella palabra tan cariñosa entre dos personas que hablan de la niñez: “¿recuerdas...?”, volvieron a su memoria aquellos días cuando era niña... Su madre, las oraciones... Su primera comunión al lado de su primo... Las vigas y el armazón de su ideología comenzaron a fracturarse. Cada día las grietas se hicieron más grandes y, como es natural, el edificio terminó por venir a suelo.

El día del suicidio con su esposo ya su corazón hablaba con distinto lenguaje. Su espíritu se hallaba en ese momento distendido por dos fuerzas contrarias.

La primera era la subordinación a su esposo: “¡Te había amado tanto, me habías dominado de tal modo!”. La segunda: la infancia que le despierta una vez más el amor a la vida. Estas dos tendencias lucharon obstinadamente mientras escribía la car-

ta que decidirá su salvación. He aquí su posición ante la muerte en este momento. Venció la tendencia más fuerte: la conservación de la vida.

Y después ¿qué fue de ella? Catalina se consagró al servicio de los enfermos satisfaciendo a la vez la voluntad contradictoria de los dos hombres quienes más la amaron: Le Gallic que le exigía vivir para los demás y el doctor que pedía su muerte. Logró unir en su alma dos expresiones de por sí opuestas: vivir y morir. Quiso vivir para morir a sí misma y quiso morir para vivir para el prójimo.

Acabamos de oír que Le Gallic era una de las personas quien más amaba a Catalina. Así fue. Cuando eran niños; un idilio lejano, convertido para ella en un recuerdo vago y para él en una pasión arrolladora. En la infancia un niño de diez años y una niña de diez años tienen la misma edad. Pero no sucede lo mismo a los veinte. La joven ya está para casarse mientras al joven todavía le faltan años de estudio. Aquellos días lejanos aparecen en la mujer como algo pueril. Sonríe al pensar en ellos pero no significa nada más. El hombre en cambio no olvida tan pronto. “Y si se trata de un Le Gallic, —añade Bourget— uno de esos bretones constantes y meditativos, tímidos y reconcentrados, en los que el tiempo ahonda el grabado de las impresiones en lugar de borrarlas, sigue amando a la hermosa novia de sus quince años, con pasión dolorosa y engrandecida”.

Ahora, después de varios años, se encuentran de nuevo. El amor del militar se aviva apasionadamente. La ama, pero no puede ser suya ni siquiera de deseo porque su fé le enseña: “En verdad os digo que aquel que mira codiciosamente a la mujer de su prójimo, en su corazón ha caído ya en pecado”. Le Gallic está plenamente convencido de esta sentencia. Tenemos en el campo de batalla dos contendores: La razón contra el corazón. El militar lucha tenazmente por resistir la pasión; suplica, inclusive, cambio de hospital, mas no se le concede. Llama al sacerdote y pide su consejo. El Padre prudentemente no apaga ese amor, que sería imposible, sino que lo encauza. La novela no nos pone el diálogo pero que bien pudo ser así:

— ¿Usted la ama?

— Si, Padre. ¡La amo, pero yo sé que no puedo amarla!

— No se preocupe. ¿Ud., sufre mucho, verdad?

— Bastante.

— ¿Y está enterado de que ella es materialista, y que no cree en nada?

— Sí, Padre.

— Pues ofrezca usted la vida y sus sufrimientos por la salvación de su alma. Encauce su amor hacia ella. Enamórese, por decirlo así, de su alma...

Un sol resplandeciente de paz, tranquiliza el espíritu turbado por los escrúpulos. Su amor ardiente, su vida toda, toma otro curso. A los pocos días muere, casi al mismo tiempo que Ortegue. Su muerte toma un sentido sacrificial. Muere por los demás en una entrega sin egoísmo.

A través de estas páginas hemos observado la posición de tres personas ante la muerte. Ellas expresan, en mayor o menor grado, la actitud de toda la humanidad.

Por una parte tenemos la concepción materialista de la vida. Representa el complejo problema de muchos hombres de ciencia de nuestro siglo. Solo divisan por los telescopios la longitud y extensión de las estrellas, o en los laboratorios sondan los abismos del átomo sin alcanzar a observar la fuerza oculta que mueve todo ello. Abrumados por los éxitos de sus experimentos y sofocados por los avances de la ciencia, olvidan el espíritu. La materia, lo palpable, lo que entra por los sentidos, es lo único que existe; es su dios Ciencia. Como no existe el alma, la muerte del hombre es igual a la del animal: putrefacción y pulverización del organismo. El hombre queda equiparado al animal irracional. Para Ortegue su muerte no tiene ninguna diferencia con la de un perro o un caballo. Es inconcebible para él el espíritu que vivifica nuestra razón y nuestro entendimiento y que nos diferencia de las demás creaturas. La existencia de un más allá o de un alma inmortal es un absurdo.

La antítesis del materialista está caracterizada en Le Gallic. El móvil que orienta su vida es el espíritu. Comprende muy bien que el hombre tiene algo que lo diferencia de los animales, algo más sublime y digno. La fé le habla de una vida inmortal. Con la muerte el hombre no se acaba; solamente se separa el alma del cuerpo. Este se corrompe pero el alma continúa viviendo. Le Gallic fundamentado en estos principios que le dictan la razón y la fé, dirige su vida hacia la eternidad. La

muerte constituye para él la culminación de su vida en el abrazo perpetuo con su Creador. En cambio para Ortegue equivale a la anulación absoluta de su existencia.

La diferencia entre el doctor y el joven militar radica en la esperanza. La fé da esperanza; la materia sola, desespera. El dolor que para Ortegue es un absurdo de la naturaleza, para Le Gallic es fecundidad y salvación. Aquél mitiga el dolor con morfina: sigue sus principios al pie de la letra. Este, por el contrario, rehusa los calmantes porque quiere sublimizar el sufrimiento. Le Gallic muere como un héroe, Ortegue como un animal.

El puente entre los dos, es Catalina. Pasa del uno al otro en una transformación lógica y humana. ¿Nos parecería, acaso, un acto de cobardía y un incumplimiento a la palabra dada, cuando la joven no se quiso suicidar? Catalina tomó el mejor camino. Su alma comprendió que la vida no es solo materia sino que hay dentro de ella un espíritu que le da movimiento. El hombre es más que un animal. ¡No es morir porque hay que morir! Alguien dirige nuestros pasos... Si así no fuera qué triste sería nuestra existencia...